

*Sorpresa de Lipari por Cornelio, malograda. – Imprudencia de Aníbal. – Instrumento de Duilio para atacar. – Batalla naval en Milea y victoria por los romanos. – Muerte de Amilcar, y toma de algunas ciudades.*

Cneo Cornelio, que dirigía las fuerzas navales de los romanos (año -260), notificada la orden pocos días antes a los capitanes de navío para que después de dispuesta la escuadra hiciesen vela hacia el estrecho, sale al mar con diecisiete navíos y toma la delantera hacia Mesina, con el cuidado de tener pronto lo necesario para la armada. Durante su estancia en este puerto presentósele la ocasión de sorprender la ciudad de los líparos y, abrazando el partido sin la reflexión conveniente, marcha con los mencionados navíos y fondea en la ciudad. Aníbal, capitán de los cartagineses que a la sazón estaba en Palermo, enterado de lo sucedido destaca allá con veinte navíos al senador Boodes, quien, navegando de noche, bloquea en el puerto a los del cónsul. Llegado el día, los marineros echaron a huir a tierra, y Cneo, sorprendido y sin saber qué hacerse, se rindió por último a los contrarios. Los cartagineses con esto, adueñados de las naves y del comandante enemigo, marcharon de inmediato a donde estaba Aníbal. Pocos días después, en medio de haber sido tan ruidosa y estar aún tan reciente la desgracia de Cneo, le faltó poco al mismo Aníbal para no incurrir a las claras en el mismo error. Porque oyendo decir que estaba próxima la escuadra romana que costeara a Italia, deseoso de informarse por sí mismo de su número y total ordenación, sale del puerto con cincuenta navíos, y doblando el promontorio de Italia cae en manos de los enemigos que navegaban en orden y disposición de batalla, pierde la mayor parte de sus buques y fue un verdadero milagro que él se salvase con los que le quedaban. Los romanos después, acercándose a las costas de Sicilia y enterados de la desgracia ocurrida a Cneo, dan aviso al instante a C. Duilio, que man-

daba las tropas de tierra, y esperan su llegada. Al mismo tiempo, oyendo que no estaba distante la escuadra enemiga, se aprestan para el combate.

Sin duda al ver sus navíos de una construcción tosca y de lentos movimientos, les sugirió alguno el invento para la batalla, que después se llamó *cuervo*; cuyo sistema era de esta manera: se ponía sobre la proa del navío una viga redonda, cuatro varas de larga y tres palmos de diámetro de ancha; en el extremo superior tenía una polea, y alrededor estaba clavada una escalera de tablas atravesadas, cuatro pies de ancha y seis varas de larga. El agujero del entablado era oblongo y rodeaba la viga desde las dos primeras varas de la escalera. A lo largo de los dos costados tenía una baranda que llegaba a las rodillas, y en su extremo una especie de pilón de hierro que remataba en punta, de donde pendía una argolla; de suerte que toda ella se asemejaba a las máquinas con que se muele la harina. De esta argolla pendía una maroma, con la cual, levantando los *cuervos* por medio de la polea que estaba en la viga, los dejaban caer en los embestimientos de los navíos sobre la cubierta de la nave contraria, una veces sobre la proa, otras haciendo un círculo sobre los costados, según los diferentes encuentros. Cuando los *cuervos*, clavados en las tablas de las cubiertas, cogían algún navío, si los costados se llegaban a unir uno con otro, lo abordaban por todas partes; pero si lo aferraban por la proa, saltaban en él de dos en dos por la misma máquina. Los primeros de éstos se defendían con sus escudos de los golpes que venían directos, y los segundos, poniendo sus rodela sobre la baranda, prevenían los costados de los oblicuos. De este modo dispuestos, no esperaban más que la ocasión de combatir.

Al punto que supo C. Duilio el descalabro del jefe de la escuadra, entregando el mando de las tropas de tierra a los tribunos, dirigióse a la armada e informado de que los enemigos talaban los campos de Milea, salió del puerto con toda ella. Los cartagineses, a su vista, ponen a la vela con gozo y diligencia ciento treinta navíos, y despreciando la impericia de los romanos no se dignan poner en orden de batalla, antes bien, como que iban a un despojo seguro, navegan todos vueltas las proas a sus contrarios. Mandábalos Aníbal, el mismo que había sacado de noche sus tropas de Agrigento. Mandaba una galera de siete órdenes de remos, que había sido del rey Pirro. Al principio los cartagineses se sorprendieron de ver, al tiempo que se iban acercando, los *cuervos* levantados sobre las proas de cada navío, extrañando la estructura de semejantes máquinas. Sin embargo, llenos de un sumo desprecio por sus contrarios, acometieron con valor a los que iban en la vanguardia. Pero al ver que todos los buques que se acercaban quedaban atenazados por las máquinas, que estas mismas servían de conducto para pasar las tropas y que se llegaba a las manos sobre los puentes, parte de los cartagineses fueron muertos, parte asombrados con lo sucedido se rindieron. Fue esta acción semejante a un combate de tierra. Perdieron los treinta navíos que primero entraron en combate, con sus tripulaciones. Entre ellos fue también tomado el que mandaba Aníbal; pero él escapó con arrojo en un bote como por milagro. El resto de la armada vigilaba con el fin de atacar al enemigo, pero advirtiéndoles la proximidad el estrago de su primera línea se apartó y estudió los choques de las máquinas. No obstante, fiados en la agilidad de sus buques, contaban poder acometer sin peligro al enemigo, rodeándole unos por los costados y otros por la popa. Mas viendo que por todas partes se les oponían y amenazaban estas máquinas y que

inevitablemente habían de ser asidos los que se acercasen, atónitos con la novedad de lo ocurrido, toman al fin la huida, después de perder en la acción cincuenta naves.

Los romanos, lograda una victoria tan inverosímil en el mar, concibieron doblado valor y espíritu para proseguir la guerra. Desembarcaron en Sicilia, hicieron levantar el sitio de Egesta, que estaba en el último extremo, y partiendo de allí tomaron a viva fuerza la ciudad de Macela. Después de la batalla naval, Amilcar, capitán de los cartagineses, que mandaba las tropas de tierra y a la sazón se encontraba en Palermo, informado de que se había originado cierta disensión en el campo enemigo entre los romanos y sus aliados sobre la primacía en los combates, y seguro de que éstos acampaban por sí solos entre Paropo y las Termas Himerenses, cae sobre ellos inesperadamente con todo el ejército cuando estaban levantando el campo y mata cerca de cuatro mil. Realizada esta acción, marchó a Cartago con los navíos que le habían quedado salvos, y de allí a poco pasó a Cerdeña, tomando otros navíos mandados por algunos de los triararcas de mayor fama. Poco tiempo después, sitiado por los romanos en cierto punto de Cerdeña (isla que desde que los romanos pusieron el pie en el mar se propusieron conquistarla), perdidas allí muchas de sus naves, le apresaron los cartagineses que se habían salvado y al punto le crucificaron.

En el año siguiente (año -259), no hicieron cosa memorable los ejércitos romanos que estaban en Sicilia. Pero llegados que fueron los sucesores cónsules A. Atilio y C. Sulpicio, marcharon contra Palermo, por estar allí las tropas cartaginesas en cuarteles de invierno. En efecto, acercándose los cónsules a la ciudad, pusieron todo su ejército en batalla (año -258); pero no presentándose los enemigos, marchan de allí contra Hipana, y al punto la toman por asalto. Tomaron también a Mitístrato, cuya natural fortaleza había hecho resistir el asedio mucho tiempo. La ciudad de los camarineos, que poco antes había abandonado su partido, fue igualmente ocupada, después de avanzadas las obras y derribados sus muros. Enna y otros muchos lugares de menor importancia de los cartagineses sufrieron la misma suerte. Terminada esta campaña, emprendieron sitiar la ciudad de los líparos.